

Alberto Gainza Paz, el abogado de la Libertad de Prensa

por el Académico DR. OSVALDO LOUDET

El Instituto Popular de Conferencias dedica su sesión inaugural a rendir un homenaje al Dr. Alberto Gainza Paz, el Director del gran diario de América, que consagró su vida a defender la libertad de prensa, la moral política y los principios republicanos. Fue en nuestra patria y para todo el mundo el héroe civil de dicha libertad, sin la cual las otras libertades no pueden subsistir. Su lucha contra la tiranía no tiene parangón posible porque nunca las circunstancias adversas fueron más agresivas, más tenaces y más injustas. El que lea su libro "Por defender la libertad" comprenderá lo que cuesta esa lucha desigual entre la verdad y la mentira, las virtudes cívicas y los vicios demagógicos, la fuerza de los ideales contra un poder corrompido, en fin, la oposición del patriotismo contra la egolatría. Es evidente que el libro de Gainza Paz pudo tener como epígrafe la sentencia de Sarmiento: "Bárbaros, las ideas no se matan".

Este Instituto, creado por sus mayores para difundir la cultura, ha sido en realidad la Universidad libre por excelencia. Han ocupado su tribuna espíritus abiertos e inteligentes, sin otro propósito que ilustrar a las nuevas generaciones, evocar nuestra gloriosa historia, alentar nuestro progreso, y vigorizar la nacionalidad argentina. Una de las herencias morales que había recibido de su antecesor, y de la cual se enorgullecía el Dr. Gainza Paz, era precisamente este Instituto que muchas veces presidió por derecho propio, con esa modestia y señorío característico de los hombres de su estirpe. Le agregó al Instituto un laurel más, creando en 1951 el Premio de amistad americana, Alberdi-Sarmiento, para ser otorgado a un escritor de América que se hubiese distin-

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa", el 5 de mayo de 1978.

guido en la defensa de la libertad de prensa y en sus escritos literarios. Sorprende el título de este premio. Estos dos grandes hombres fueron adversarios en la apreciación de ciertos hechos, pero hermanos en el culto de altos ideales y magníficos obreros para fortificar la República naciente. El nombre de este premio es un símbolo de la libertad de pensamiento. Su creador pensó que era necesario unir el pensamiento autónomo de cada uno de ellos en favor de la libertad política. Unió el ardor tempestuoso del sanjuanino con la reflexión serena del tucumano. Es, además, un premio simbólico de la fraternidad americana, un premio simbólico de la libertad de prensa.

El hombre

Muy difícil es hacer el retrato intelectual y moral de un hombre de la jerarquía espiritual de Alberto Gainza Paz. No he sido un amigo íntimo, no he estado próximo a él para recibir las luces de su pensamiento ni escuchar los latidos de su corazón. Sin embargo, lo he visto con claridad en el ejercicio de sus funciones periodísticas de centinela alerta de la libertad y de vigía abnegado de la Constitución. Desde la atalaya de su diario observaba todo el país. Desde esa altura veía más pequeñas las cosas pequeñas, las pasiones y los intereses que agitan a los hombres, pero avizoraba los horizontes lejanos y luminosos y tenía fe en el porvenir. Su pluma no temblaba. Sentía que Ezequiel Paz lo guiaba y que sus ideas no eran suyas únicamente sino de sus gloriosos antepasados.

Su imagen física traducía la delicadeza y la elegancia de su figura interior. Era alto, sin ser dominante, longuilíneo y flexible, de ademanes tranquilos y mesurados. Sabía sonreír, cosa que no hacen los hombres duros e introvertidos, que se consideran importantes. Su sonrisa insinuaba muchas veces una aprobación, una coincidencia, una simpatía. El óvalo perfecto de su rostro terminaba en una frente amplia sin surcos paralelos ni verticales porque la angustia de los combates no había podido plegarla ni vencerla. Miraba con paciente curiosidad y escuchaba más de lo que hablaba. Hacía economía de palabras, siendo rico en ideas y en emociones. Las cejas espesas y los párpados serenos parecían atenuar la luz de sus ojos, dos suaves interrogantes para el interlocutor inquieto. Era más bien pálido, es decir, presentaba la palidez de los que viven bajo la luz de las lámparas inmóviles, en recintos cerrados donde se piensa y se escribe. Sus labios finos y rectos subrayaban sus palabras breves y exactas.

Los que estuvimos cerca de sus principios, de sus ideales, de sus sacrificios, lo comprendíamos, lo respetábamos y lo amábamos. Era un espíritu recoleto, enemigo del exhibicionismo y del tumulto. Alguien pudo creer que era un hombre distante, solemne, orgullosos e imperativo. Nada de eso. Era un espíritu tranquilo, ecuánime, amable, siempre cordial con los honestos y los bien inspirados. Nos hemos preguntado si era más respetado que querido o viceversa. Las dos cosas a la vez. Lo respetaban por su sabiduría y lo amaban por su bondad. Lo respetaban por su conocimiento profundo de los problemas políticos y sociales que diariamente debía resolver y lo amaban por su sencillez y su capacidad de sacrificio. Poseía una intuición racional y una intuición afectiva. Los problemas más arduos los resolvía con la filosofía de un estoico y la fe de un republicano. Nunca se desesperó cuando estaba en peligro la vida de su diario y su propia vida. Cumplía en las circunstancias más difíciles el mandato de sus mayores y el de su propia conciencia. Descababa los cadáveres políticos con guantes blancos. Su serenidad no era una resignación pasiva, sino un tranquilo desafío a la arbitrariedad y la injusticia. Era lo que vulgarmente se dice "un hombre de carácter, de una sola pieza, firme e inflexible". No se imaginaban los perseguidores de su Diario que éste era una fortaleza inviolable que nunca se rendiría y que su máximo defensor presentaba una triple coraza: la de la verdad, la de la honestidad y la del heroísmo. Cuando una turba de facinerosos atacó el periódico y las balas atravesaron el despacho del Director para incrustarse en el techo, él hizo este comentario: "Este no es el pueblo de Mayo. El pueblo de Mayo ha de volver y rodeando la pirámide cantará el himno de la libertad". Y siguió escribiendo.

Este hombre de carácter sabía decir *no* cuando era necesario decirlo y decir *sí* cuando era justo y equitativo. Sus *no* eran terminantes y venían de su conciencia moral más que de la lógica de sus razonamientos. No titubeaba en sus negativas. Eran imperativos categóricos sin posibles objeciones. Siempre recordaba la advertencia de Plutarco: "El derrumbe de muchos hombres y de muchos pueblos tiene su origen en no saber decir *no* en dramáticas circunstancias". Esto sucedió con pueblos del pasado y contemporáneos que fueron reducidos a la esclavitud por no decir *no* cuando debieron decirlo. Nuestro hombre no fue un negativista cómodo y estéril y quería que su pueblo se negara a los fraudes, a las violaciones y a los robos de la tiranía. El, no se cruzó de brazos porque tenía en sus manos una pluma de acero y de oro para escribir en "La Prensa". Poseía un carácter sin alardes ni vacilaciones, sin asperezas y violencias, sin gritos y gesticulaciones, sin puños cerrados y con manos abiertas.

El periodista

Si tuviéramos que hacer la psicología del periodista ideal tendríamos que estudiar el itinerario de su vida. En ese itinerario encontramos un viajero incansable que nunca se aparta del camino recto señalado por sus antecesores. Su valentía moral y cívica es igual a la de sus mayores. Siempre se inspiró en las tradiciones limpias y puras y comprendió que era necesario inspirarse en el pretérito, en lo que tiene de respetable, para actuar con prudencia en el presente y avizorar con esperanza el porvenir. Los títulos de nobleza que heredó, para vigorizar los propios, fueron el amor a la justicia y al derecho amparados por la libertad. El breviario que le transmitió Ezequiel Paz, periodista nato, talento vigoroso, escritor espontáneo, hombre de bien, lo practicó en su fecunda vida. Ese breviario de ética periodística fue consagrado en el Primer Congreso de Prensa realizado en Washington en 1926. Voy a transcribir sus normas más claras e imperativas. Dice así: "Informar con exactitud y con verdad; no omitir nada que el público tenga derecho a conocer; usar siempre la forma impersonal y culta sin perjuicio de la severidad y la fuerza del pensamiento crítico, desechar los rumores para afirmar únicamente aquellos que se tengan por una convicción afianzada en pruebas y documentos; considerar que es preferible la carencia de una noticia a su publicación errónea o injustificada; cuidar que en las informaciones no se deslice la intención personal del que las relata; recordar que el daño ocasionado al particular no se repara nunca totalmente con la aclaración o rectificación caballerescamente concedida; guardar altura y serenidad en la polémica y no afirmar nada que haya de borrarse al día siguiente".

Estas reglas las siguió Gainza Paz con claridad, dignidad y firmeza. En él se aunaban la transparencia de los principios con la energía para cumplirlas. El mástil de su navío en marcha estuvo siempre erguido y no hubo tempestad de pasiones que lo doblase o lo rompiese. Frente a peligros inmediatos o mediatos nos admiraba su tranquilidad de un hombre nacido para los combates de ideas y de principios. Estaba por encima de los partidos y de los hombres de partido, enfermos algunas veces de ambiciones desmedidas o movidos por pequeños intereses. Lo que le importaba era la salud de la República. Concebía la política como Aristóteles: la ciencia y el arte de gobernar. No se dirigía al aparato digestivo o a la médula espinal de las multitudes que explotan los demagogos. Se dirigía al cerebro y al corazón de los verdaderos ciudadanos. Conocía bien de cerca nuestra política, la buena y la mala, la sana y la enferma y esperaba que se curase de sus desequilibrios pasajeros. No era un escéptico ni un pesimista; era un realista que creía en la

regeneración de las costumbres. Creía en las fuerzas morales del país, y por eso luchaba con energía, con optimismo, con esperanza. Si era un fiscal insobornable para censurar la violación de los derechos y las garantías de nuestra Constitución, era un abogado elocuente para defender las virtudes de esa misma Constitución. Se entristecía de las amnesias históricas que padecen ciertos pueblos, que olvidan igualmente a los cínicos tiranos y a los grandes estadistas. Estas amnesias periódicas traen las dictaduras repetidas con el mismo sello. Nada más terrible que el gobierno de los paranoicos y de los simuladores. La mentira sustituye a la verdad y todos los valores son adulterados. Se inventan atenuantes que no existen y la ley del perdón los salva de la condena ejemplarizadora. Doblemos la página para ahuyentar tantas sombras.

No es posible en esta oportunidad dejar de recordar aquella "Oración a la libertad", que pronunció Gainza Paz en Estados Unidos a sólo tres años de haber sido despojado de su Diario. La pronunció el 6 de setiembre de 1954 y sus palabras tuvieron resonancia en todo el mundo libre. Si esta oración la hubiese pronunciado frente a sus mayores, éstos lo hubiesen bendecido. Transcribiré algunos de sus artículos de fe. Dijo Gainza Paz: "Creo en la libertad. Pertenezco a una familia de periodistas, educado dentro de las tradiciones de libertad y democracia que inspiraron el destino de mi patria a través de la historia. En mi hogar, en la escuela y en la Universidad aprendí que la libertad era uno de los dones más preciados que el hombre recibe al nacer y llegué a admitir que a un pueblo libre nada ni nadie podían arrebatárle sus libertades. Mi abuelo fundó el diario «La Prensa» en 1879. Trabajé en él durante más de veinticinco años y fui su Director hasta que, en 1951, un gobierno dictatorial, violando la Constitución y las leyes, clausuró el diario, se apoderó de todos sus bienes y hasta de su nombre. Esto sucedió porque el diario que yo dirigía y quienes trabajaban a mi lado, no quisieron aceptar el repugnante dogma sustentado por todos los gobiernos autoritarios de que el único derecho que le queda al pueblo es el de someterse. Creo —agregaba— que no puede haber paz y sosiego en el mundo, mientras haya hombres sometidos y privados del derecho de conocer y de opinar. Creo en la libertad y en las responsabilidades que ella implica, pero considero que las normas de esa responsabilidad deben surgir del ejercicio mismo de la libertad. Creo que las constituciones y las leyes que la garantizan, los derechos humanos, solamente tienen valor cuando consagran principios profundamente arraigados en la mente y en el corazón de los hombres. Creo que hasta la libertad de pensar está en peligro de ser torcida o anulada si la libertad política es cercenada por el Estado. Creo que la libertad de expresión del pensamiento debe ser defendida

sin claudicaciones y que los pueblos tienen siempre el derecho de conocer la verdad y de informarse de lo que atañe a su vida en el mundo, en su país, en su ciudad y en la comunidad que habitan. Creo que no puede haber progreso material y espiritual si no hay libertad para enseñar y aprender, para discutir y disentir. Creo que nuestras democracias y manera de vivir están basadas en el respeto de la dignidad humana y que sin libertad no hay hoy en día más alternativa que la dictadura de ese monstruoso engendro contemporáneo, que es el estado policial”.

En un país muy amado nuestro, que estuvo sometido al yugo extranjero se formó el ejército clandestino de la “resistencia”. Fue la resistencia contra la opresión, contra la esclavitud, contra la asfixia moral. Nosotros hemos tenido también nuestro minúsculo ejército de la “resistencia”, y uno de los más altos, tenaces y valientes exponentes ha sido Gainza Paz. El encarnó la “resistencia” contra el avasallamiento, contra la claudicación de muchos hombres. Su resistencia no ha sido espectacular pero indudablemente eficaz. Desde su fortaleza aparentemente silenciosa destruyó con su prédica altiva la fortaleza insolente de la mentira. Desde su fortaleza de papel impreso destruyó la fortaleza de piedra de la tiranía armada. Ya dije alguna vez que un editorial tiene más fuerza que un regimiento.

El Dr. Gainza Paz nació periodista. Si sus estudios secundarios y universitarios los hizo en las escuelas respectivas, los más importantes los cumplió en el diario de sus abuelos. Allí aprendió a conocer el mundo en todas sus jerarquías, con sus ambiciones, sus debilidades y sus virtudes. Su ciencia no venía de la lectura de los libros sino del contacto con los hombres. Sus exámenes en la Facultad de Derecho fueron brillantes y se recibió con diploma de honor. Sabía más de ciencias sociales que de todos los códigos. Su examen de Derecho Internacional fue famoso. Estaba de visita en nuestro país un eminente internacionalista de Francia que fue invitado a presidir la mesa. El Prof. Eduardo L. Bidau preguntó al alumno si se animaría a disertar en francés. Este respondió que así lo haría. Habló con vasta erudición, con claridad meridiana y fluidez musical. El Presidente de la mesa quedó admirado y lo felicitó con entusiasmo. Cuando se graduó de abogado, Estanislao Zeballos, Ezequiel Paz y Adolfo Lanús le dieron una comida íntima. Se preguntaban si el nuevo abogado se ocuparía de Derecho Civil, Comercial o Penal. Este tenía una visión más alta: sería “el abogado de la libertad de prensa”. Pensaba como Alberdi que sus estudios oficiales eran la preparación para la lectura del “Libro de la vida real” que según el mismo Alberdi es el que había hojeado y leído más.

Llegó a la Dirección de "La Prensa" después de haber recorrido todas las secciones del complicado organismo y haber practicado todas las tareas, empezando por la más modesta. Amaba la imprenta como si la hubiese creado. Sus manos aristocráticas se manchaban de tinta y las miraba con orgullo. Cuando en el taller ayudaba a los tipógrafos le parecía que cursaba la escuela primaria de la imprenta. Su título doctoral lo había olvidado. Hubiera podido contestar, como Sarmiento al que se le preguntó con desdén: "¿Es usted un periodista?". Sí, contestó el sanjuanino: "periodista y a mucha honra". Mostrando su pluma como una lanza en ristre. Pero Mitre, hombre de Estado, genial en la paz y en la guerra, ante una pregunta sobre su profesión, se identificó con el más humilde de sus obreros. "Soy tipógrafo", nada más y nada menos. ¡No es esto hermoso, no es conmovedor! Ellos sabían que con tipos de plomo se fabrican ideas de acero. Ideas que atraviesan las corazas de mentiras y de infamias con que pretenden protegerse los dictadores. ¡Benditos sean los tipógrafos!

Un historiador obligado

Este gran periodista fue sin pensarlo un verdadero historiador. El historiador obligado de la tiranía, bajo la cual tuvo que vivir. En las páginas de su diario están los hechos documentados, día a día, los hechos de todos los desmanes, de todos los desvíos, de todos los delitos de la época nefasta.

¿Qué género de historia escribió Gainza Paz desde las páginas de su diario? Escribió historia narrativa, historia crítica e historia filosófica. Narrativa, siguiendo el fluir de los sucesos; crítica, porque los comentaba señalando los errores, y filosófica porque servían para enseñar los buenos y los malos caminos. La narración era exacta, la crítica imparcial, la filosofía aleccionadora. Este historiador no tenía que apelar a los viejos documentos, mutilados por el tiempo, sacudirlos y hacerlos hablar. Bajo sus ojos tenía los documentos vivos, es decir, los auténticos actores. Esos documentos se los proporcionaba el mismo gobierno en los decretos oficiales, aunque muchos eran adulterados y había que rectificarlos. Nunca se pudo estudiar mejor la falsificación de la historia, la del presente y la del pasado. Nunca como en esa época se fabricaron héroes falsos y se ocultaron héroes verdaderos.

Observa Duruy en su "Historia de los romanos" que los antiguos consideraban la historia como materia excelente para la elocuencia en los discursos de los protagonistas y la pintura de los paisajes. La historia moderna tiene en cambio una tarea menos brillante pero más útil y fecunda; trata

de encontrar la verdad en el espacio y en el tiempo y reflejar con fidelidad la fisonomía de una sociedad. Hay verdades generales en todas las épocas. Esas verdades generales participan de la filosofía de la historia. Las verdades particulares son fisonomías de épocas determinadas. La historia se repite en sus leyes generales, pero las variantes particulares son muy diversas. A las dictaduras suceden las demagogias y a los demagogias las dictaduras, pero cada dictadura y cada demagogia tienen fisonomía distinta. Hay dictaduras inteligentes y honestas, que son remedios transitorios pero necesarios. Hay dictaduras absolutas y deshonestas que sueñan con prolongarse en el poder sin respetar los derechos humanos. ¡Felices los tiempos en que las fuerzas negativas son sustituidas por las positivas, es decir, por el reinado de la justicia, de la tolerancia, del respeto mutuo! Sólo en la paz, en el orden, en la disciplina, en la tolerancia, pueden las democracias subsistir.

Gainza Paz fue un historiador obligado, circunstancial e impávido, que tuvo el valor de decir la verdad, aunque la verdad le entristeciera. Dijo con orgullo en cierta oportunidad, al referirse a su diario: "En la colección completa de sus ediciones el tema de la libertad se encuentra como predilecto y permanente. Libertad de la Nación, libertad del hombre y libertad de los pueblos; libertad para los argentinos y libertad para la humanidad entera". Si nos preguntásemos cuál fue el programa de su libertad de prensa, contestaríamos: el cumplimiento de la Constitución de 1853; la constante vigilancia de la educación pública; la defensa del sufragio popular respetando la voluntad ciudadana; el fortalecimiento del federalismo argentino; el liberalismo económico que da actividad al comercio interior y exterior; el progreso incesante y urgente de las vías de comunicación; el sostenimiento de un panamericanismo amplio, leal y práctico; la vigilancia de la tradición diplomática argentina y la custodia de la soberanía nacional. Por eso repetía Gainza Paz: "El celo del diario por el cumplimiento de la Constitución, por la educación popular, por la pureza del sufragio, por los caminos multiplicados, por el comercio sin cadenas, son la consecuencia mínima de su afán de libertad. Defendiendo la libertad vivió el diario; por defender la libertad se lo persiguió, se lo cerró y se lo robó". He aquí su conclusión irrefutable: "La Nación Argentina no puede tener sino una fe política, que es la democracia; no puede admitir sino un modo de vivir, que es la libertad; no puede aceptar sino un estatuto, que es el de las garantías constitucionales; y no puede progresar sino por medio del trabajo de sus hijos, ampliamente respetado".

Nadie puede imaginarse lo que sufrió este hombre acosado por los secuaces de la dictadura. Jamás se doblegó, jamás dobló su pluma, jamás renunció a los principios que

eran las fuerzas morales de su Diario. Este paladín de la libertad bien entendida, sin gritos y sin aspavientos, pasará a la historia del periodismo argentino como El Cid Campeador de la libertad de prensa.

Arquetipo del argentino republicano

Creemos que Gainza Paz es un genuino representante de la familia argentina que, a través de la historia, se ha caracterizado por su amor a la tierra y a las instituciones de la República. Nada le angustiaba más que las calumnias de los secuaces del tirano acusando a su diario de extranjerismo. En el día de un aniversario patrio —el 25 de mayo de 1941— afirmaba: "Creemos sinceramente que la defensa de las instituciones es inseparable de la defensa de la nacionalidad. Dejar de ser libre, sería en nuestro modo de sentir y de pensar, dejar de ser argentino. Para ser libres hicieron los patriotas de 1810 la revolución de mayo que hoy conmemoramos. Para ser libres y para que lo fuesen también sus hijos, han venido a esta tierra muchos millares de hombres del otro lado del Atlántico. No es en manera alguna necesario sacrificar los derechos de las personas y su dignidad para que la patria sea grande. Por el contrario, el país empezó a engrandecerse cuando tuvo instituciones que garantizan esos derechos. No es con esclavos que se hacen las naciones".

No siendo un político Gainza Paz tenía la intuición profunda y certera de un político experimentado. Se puede gobernar desde la Casa Rosada y se puede gobernar desde la redacción de un gran diario. Desde este diario contribuyó a orientar, dirigir e iluminar la conciencia pública. Sus editoriales valen tanto o más que muchos proyectos, muchos decretos, muchas leyes gubernamentales. Gainza Paz tenía en esta casa sus acuerdos de gabinete. ¿Quiénes eran los ministros? Ministros, sin otro pensamiento que el triunfo del derecho, el afianzamiento de la justicia y el reinado de la libertad. Esos ministros sin cartera eran los redactores, los editorialistas, cada uno especializado en los problemas de su hipotético ministerio. ¡Cuántos planes, cuántas leyes, cuántas sentencias fueron sugeridos desde las columnas de este diario! Problemas políticos, económicos y sociales, eran planteados y resueltos, sin otra inspiración que el amor al país. Gainza Paz presidía este gabinete ideal como el "Presidente de una República de periodistas".